

zaría de tener un corazón tan cándido. Lllaman á la puerta de Mediodía... retirémonos á nuestras estancias; un poco de agua borrará toda huella; fácil cosa. Tu constancia te abandona... ¡Oye! los golpes redoblan; vé á ponerte tu vesta de noche, podremos ser llamados, no es menester que se vea que velamos... No te abismes tan miserablemente en tus meditaciones...» (1).

Ese estado intermitente en Macbeth, es una intuición sublime de aquella forma de psicosis que se comprende bajo el nombre de *estupor epiléptico* y tan á menudo sigue á la explosión impulsiva de la manía homicida. «Inmediatamente después del acceso convulsivo, escribe Borri, se establece un estado como de atontamiento y de taciturna concentración; el individuo está inmóvil, ó va y viene sin motivo y en apariencia es indiferente á cuanto le rodea. Pero para aquel que lo considere bien, su expresión á menudo revela la íntima angustia y el terror que derivan de alucinaciones espantosas, las cuales suscitan frecuentemente ideas delirantes de persecución que pueden, lo mismo que el estado de angustia, determinar actos de inaudita violencia.

«Un estado semejante, á más de seguir como se ha dicho á un acceso convulsivo, puede surgir en un periodo interaccional y seguir el mismo curso que un acceso psíquico autónomo, ser fugaz

(1) Acto II, escena 2.^a

y á duras penas observable, durar algunos días y llegar al grado de verdadera y propia *apatía epiléptica*.»

A estas justísimas observaciones añádase que, en el estado descrito aquí, la reflexión está rápidamente concentrada en el único hecho ó pensamiento que la atormenta, y algunas veces es el manantial de pensamientos que producen extrañeza en aquel que ignore el origen de la exaltación psíquica. Macbeth, despertado por los continuos golpes y vuelto á llamar por su mujer, exclama con espantosa calma: «Antes que conocer mi delito, quisiera perder toda conciencia de mí... Despierta, Duncan, á estos golpes... ¡oh, así lo pudiese!» (1).

Al período de accesos de violencia impulsiva, sucede el de la fría reflexión. El intento está realizado: Macbeth es rey, Cawdor, Glamis, todo lo que las mujeres del destino le habían prometido; pero el sueño satisfecho del ambicioso está turbado por el pensamiento de que la corona no haya de durar largo tiempo sobre su cabeza y que deba pasar á los descendientes de Banquo. Agitan su corazón las sospechas; su genio desmaya ante el de su rival, é inflamándose gradualmente en odio, de nuevo llega á concebir la idea del asesinato. Nótese, sin embargo, que el alma del delincuente ha sufrido una notable adaptación.

(1) Acto II, escena 2.^a

Entre los recuerdos del deber moral y las preocupaciones de las sanciones religiosas, ya no asoma la duda ni tiene fuerza la vacilación, sino que la resolución es tomada con rapidez y acompañada de una tendencia espontánea, sin esfuerzo de clase alguna. Así, acontece en la conciencia del delito como en la del bien: al principio, la idea de la venganza, el sentimiento del odio se acogen con repugnancia, no prestándose casi el terreno á recibir y fecundar gérmenes contrarios á su naturaleza; después, por efecto de la reiterada acción sugestiva, la idea criminosa, merced á su exuberante eficacia, no adquiere impulso para la acción, pero forma en la conciencia, por decirlo así, una estratificación más ó menos densa de elementos deletéreos y prepara el dominio de motivos, deseos, inclinaciones que antes eran completamente extraños al individuo. En suma, el acto, de cualquier especie que sea, no sólo es el efecto de algún intento, honrado ó no, que se quiere llevar á cabo, sino que es causa de adaptación á la germinación más fácil de otro acto ó de una serie de actos que tengan uniformidad y analogía con el primero. Así, Macbeth, después de la muerte de Duncan, no tiene reparo alguno en premeditar la de Banquo. Ya no sigue, sin embargo, el ímpetu pasional, porque en la historia psicológica de la degeneración del delincuente, el estadio de predominio violento súbito del motivo criminoso señala el primer paso en el ca-

mino de las maldades. Asesinos famosos, autores de inhumanos delitos consumados con fría premeditación, fueron impulsados la primera vez que salieron del camino honrado, por el ímpetu de una pasión súbita que cegó su mente, debilitó los frenos de la moral y del temor á la ley, y les precipitó á hacer lo que difícilmente hubieran cometido á no concurrir el estado especialísimo de turbación impetuosa del ánimo. Después del primer paso, el segundo resulta más fácil; después del homicidio consumado con una conciencia más ó menos agitada por la pasión, viene el asesinato en el verdadero sentido de la palabra, preparado por encargo, ejecutado con alevosía é insidiosamente. Es por extremo interesante notar cómo se resuelve Macbeth á persuadir á los sicarios al asesinato de Banquo: les solicita, no sólo con promesas, sino también con motivos de venganza, pintando á la desventurada víctima como causa de opresiones y de persecuciones que deberían de justificar su muerte. La energía criminosa, que se ha vuelto más intensa, hace al criminal más dueño de sí mismo: ya no le son precisas sollicitaciones de personas extrañas. Macbeth, que antes parecía un ciego instrumento en manos de su mujer, triunfa ahora de sí mismo y prepara el asesinato de Banquo por su iniciativa propia y ordena su ejecución sirviéndose de los sicarios. Y cuando Lady Macbeth hace alusión á la posibilidad de matar á Banquo y á su hijo

Fleanco, el miserable, sin revelar su secreto propósito, le hace entrever la consumación de un acto terrible «antes que el nocturno pájaro haya desplegado su vuelo solitario, antes que á la voz de la negra Hécate el insecto maléfico haya dado la señal de la noche con su monótono zumbido» (1). La mujer pregunta: «¿Qué debe hacerse?» y Macbeth, invitándola á permanecer, extraña al designio hasta que llegue el momento de aplaudir su ejecución, desahoga su agitado ánimo con expresiones de foscas pensamientos y acaba, con satánica risa, por confesar que las cosas empezadas por la culpa, con la culpa se aseguran.

Banquo fué asesinado, pero su hijo Fleanco escapó á las asechanzas. Cuando se lo anuncian, Macbeth exclama: «Ahora se renovarán mis terrores; estaría sin esto en un estado perfecto; impenetrable como el mármol, firme como la roca, libre y abierto como el aire; y por el contrario, me siento oprimido, encerrado, molesto, sujeto á perseguidoras dudas y pavores» (2). Para comprender bien lo que sucederá después, reflexiónese en ese estado de ánimo de Macbeth. El delirio de persecución, con intermitencia de estados alucinatorios, tiene su fondo morboso en la flagrante contradicción entre la esperanza de felicidad, de beatitud de espíritu, y la convicción

(1) Acto III, escena 2.^a

(2) Idem, escena 4.^a

de un obstáculo insuperable fatal en el individuo ó en los individuos de que se cree víctima. La sistematización de las ideas, nota culminante del delirio de persecución, coloca al enfermo en la situación de hipertrofia de la personalidad, precisamente porque la conciencia del propio ser, de la propia actividad, se debilita y se aleja frente á la idea necesitante de las cosas, á la impotencia de librarse de la presión de hipótesis, de contrastes, de críticas condiciones entre las cuales se infiltra la fuerza del prejuicio, el oculto sentimiento misterioso de lo sobrenatural. El ánimo de Macbeth, sacudido, desequilibrado desde el día en que fué víctima de la predicción de las brujas, ya no deja esperanzas de curación en el punto á que ha llegado después del primero y del segundo delito.

La cúspide ambicionada de un trono, el poder absoluto y la gloria del pasado, no pueden devolver la calma á la conciencia del delincuente, en la cual el proceso moral desintegrativo sufre crisis demasiado frecuentes de explosiones de cólera y de alucinaciones morbosas. He aquí cómo: mientras la excitación de la alegría está en su apogeo y hay un banquete preparado; mientras la cortesía de huéspedes serviles lisonjea la ambición de Macbeth y todo parece tranquilo y alegrado por la sonrisa de una próspera fortuna; desde el fondo epiléptico de la perversa conciencia asciende la sombría imagen del nuevo delito con-

sumado, y después, la reacción depresiva de recuerdos y quejas: la fantasía se despierta, la visión sensorial pierde colorido, la mente se nubla y todo esto hace que el enfermo vea, sentada en su sitio, la sombra de Banquo! Los convidados notan que el misero está agitado, en orgasmo: no saben porqué, pero el delirio prosigue en la forma más intensa y esto hace sufrir á Macbeth, digno hasta de piedad.

No será inútil detenernos algo á examinar esta forma nueva y mucho más grave del delirio de Macbeth, porque llegaremos á reflexiones que alguna vez escapen al observador que fia exclusivamente en las luces de la ciencia. La sombra de Banquo aparece en un momento de fiesta para Macbeth, cuando está á punto de recoger, según se ha dicho, los primeros frutos de sus traiciones y de sus delitos, entre la luz deslumbradora de los candelabros encendidos para el banquete y la sonrisa y la fiesta de los convidados. La fantasía del enfermo, cuya comprensión del mundo externo está alterada por un desorden sensorial, se exalta de improviso, derivando de ello una explosión de turbación de la conciencia; las corrientes asociativas se confunden, la reflexión se detiene en el trabajo directo por la voluntad, y el fenómeno del delirio alucinatorio se impone irresistiblemente. La tendencia mental predominante entre tantos choques morales es la idea fragmentaria de un proceso lógico agotado en las

vicisitudes impulsivas del delito, ó sea, la idea de excusa y de defensa respecto del asesinato del amigo, frágil puntal de aquella conciencia moral gradualmente destruida y que deja un vacío triste, profundamente melancólico. «Tú no puedes decir, dice Macbeth á la sombra, que yo haya sido el autor... ¡Oh, no sacudas hacia mí de este modo tu ensangrentada cabellera!...» (1). La figura del delirante permanece rígida, impasible, con la vista fija en el lugar de la aparición; el cuadro está completado por las personas de los comensales, maravillados, atónitos con lo que sucede. En medio de ellos está Lady Macbeth que, disimulando su dolorosa impresión, invita á todos á sentarse, explicando que se trata de accesos que el rey padecía en su juventud, de una cosa pasajera, y que no se le ha de prestar atención porque se ofendería y aumentaría su mal. La mujer comprende que en el estado de delirio podría ser peligrosa, fatal, cualquier turbación; en la depresión melancólica, las impulsiones homicidas pueden manifestarse en la forma de paroxismo frenético y romper con irresistible violencia contra cualquiera, sin conocerse lo que se hace ó sin que se tenga medio de imponer un freno á la acción morbosa. La mujer susurra al oído de Macbeth: «¿Sois hombre?», y él responde: «¡Si, y bien osado si me atrevo á mirar lo que

(1) Acto III, escena 4.^a

aterraría al inferno!» Pero la mujer, usando del razonamiento acostumbrado por aquellos que no ven en las afecciones morales más que fenómenos normales de pasiones, ó de sentimientos exaltados, ó de turbaciones impetuosas de ira, de odio, sin preocuparse para nada del estado patológico ó del fondo degenerativo de aquel á quien aquejan y que, á veces injustamente, es llamado á responder de acciones criminosas, observa: «¡Oh, débil temple! Esto es un fantasma creado por el temor; tal era el puñal desnudo que dijisteis os guiaba hacia Duncan. Estas turbaciones, estos ímpetus (parodias de un justo temor) serían buenos para cuentos de la criada, referidos en invierno cerca del fuego y apoyados por la autoridad de la vieja abuela. ¡Vergüenza! ¿Por qué tomáis tal fisonomía? Si todo se ha consumado, no miráis más que una silla vacía» (2). El llamamiento resulta inútil; la alucinación continúa, y en el delirio hay tal coherencia y sistematización de pensamiento, que hace que asociaciones, relaciones y deducciones se organicen en un trabajo psíquico reflejado por un sistema completamente lógico. Terminado el acceso, agotada la convulsión de la mente, Macbeth vuelve en sí, se da cuenta de su estado y vuelto hacia los comensales, dice: «No os maravilléis, óptimos amigos; estoy sujeto á una extraña enfermedad, que nada

(1) Acto III, escena 4.^a

es para los que me conocen» (1). Vuelve á renacer la alegría, pero en el momento de brindar, reaparece la sombra; reenciéndose el delirio, la alucinación está tan revuelta que retrata el intermitente estado de desorden psico-físico del enfermo; el espectro, por lo que de él advierte el rey es tal, que éste grita: «¡Lejos de mí! ¡Apártate de mi vista! ¡Que la tierra te oculte! ¡Tus huesos no tienen meollo, tu sangre está helada, no hay mirada en aquellos ojos, de los que parte tan oscura luz!» (2). Con su frío disimulo habitual, Lady Macbeth aconseja nuevamente á los comensales que no piensen en lo que ven, por tratarse de una *enfermedad natural*. Macbeth continúa en su estado; cuando el agotamiento del acceso apaciguado da lugar á una calma relativa, despierta el rey como de un triste sueño y exhalando un largo suspiro dirígese cortésmente á Lenox que le desea una buena noche. A pesar de ello, en medio de la turbada conciencia, hierve de nuevo el soplo maléfico del delito; el enfermo nota que la sangre llama la sangre; revuelto en las tinieblas desalentadoras de una noche tempestuosa, sufre la fascinación invencible de sus acciones, y mientras parece que la quietud aparente induce á esperar en la vuelta de la sana reflexión, desemboca por sorpresa en el malsano

(1) Acto III, escena 4.^a

(2) Idem.

ambiente otra idea, otra tendencia criminosa. Invitado Macduff, no va al convite; esto preocupa á Macbeth el cual, entre las angustias del delirio de persecución y la esperanza de encontrar el camino para triunfar de sus presuntos enemigos, concluye: «Adelanté tanto en el camino de la culpa, que cuando me detuviese, el regreso sería tan arduo como la prosecución; extrañas cosas tengo en la cabeza que la mano ejecutará, y antes de lo que pueda sospecharse» (1).

La locura homicida se precipita; llega á su colmo cuando el nuevo estímulo de la visión de las brujas en la caverna, entre los truenos y las tinieblas de la noche, viene á destruir cualquier huella de motivos pre-existentes que hubiesen tenido la fuerza de mantener el equilibrio de la mente y refrenar la acción desbordada en el camino desordenado del mal. El desahogo de venganza contra Macduff que se dice refugiado en Inglaterra, es como el estallido irrefrenado del rayo; la impulsión al delito ha adquirido tal fuerza, que entre la idea y la ejecución del mismo no hay dilación; la conciencia criminosa está en su más alto grado de energía; no más reflexiones sobre la elección de medios, no más vacilación. «Para que la voluntad — observa Macbeth — se traduzca en actos, es menester que éstos adelanten con igual paso que ella; desde este instante

(1) Acto III, escena 4.^a

la actuación seguirá al pensamiento; la obra será simultánea á la concepción. Sorprenderé el castillo de Macduff, me apoderaré de Fife, supliciaré á su mujer, á sus hijos, á todos aquellos que le pertenecen. No son jactancias, la obra se ejecutará antes que la resolución se enfríe... ¡Pero no más visiones!» (1). El castillo de Macduff es asaltado y el atropello de inocentes criaturas constituye el último término de aquella feroz venganza que encuentra en el delito por el delito la satisfacción de brutales tendencias.

Aquí llega á su término el análisis de Macbeth, así como la evolución criminosa de su psiquis; pero el poeta ha perfilado y hecho digno de examen otro tipo, el de Lady Macbeth, en que también nos hemos ocupado.

Se produce un extraño fenómeno. Aquella mujer que encerrada en su escepticismo había sido, con aterradora frialdad, la triste consejera de su marido, y hasta había escarnecido con ironía cualquier sentimiento ó motivo de arrepentimiento, de preocupación, de remordimiento, reaparece en escena, cuando menos es de esperar, en un estado de enfermedad tal que ha de atraer nuestra reflexión. También ella ha sido tocada por el soplo de la locura; también ella está turbada en su bienestar físico; su temple diamantino se ha roto; su alma está invadida por el desequi-

(1) Acto IV, escena primera.

librio, cuyo origen ha de buscarse en la acción desintegrativa de motivos que han de estudiarse con orden y claridad.

Una doble causa ha de examinarse para explicarnos el fenómeno de locura sonambúlica representada por el poeta en la persona de Lady Macbeth: la primera causa ha de buscarse en el carácter individual de la mujer, y la segunda en las condiciones de contacto en que se encontró con Macbeth. ¿Quién no comprende que Lady Macbeth, aun cuando estudiadamente insensible, ha debido experimentar la profunda sacudida de todos los crímenes que le costaba aquella corona cuyo esplendor la deslumbraba tanto más cuanto menos esperado era por ella? La tensión de ánimo, cuando no está alentada por una alegre esperanza, sino que sirve solamente de medio de resistencia, á la larga se debilita, se rompe.

La pasión prepotente de la ambición había podido adormecer por algún tiempo la lucha interna de vicisitudes anómalas é inadecuadas al ambiente moral impresionable de una mujer; pero la energía de resistencia había de agotarse y dar margen á la desorganización y al aniquilamiento psíquicos. Y no basta. Tal vez Lady Macbeth habría superado, sin resentirse de sus efectos, la crisis de una situación tan excepcional; pero no le fué posible por haber sido víctima inconsciente del *contagio* de la locura de Macbeth. No hay necesidad de recurrir á la autoridad de

escritores para comprender que la locura es extremadamente contagiosa, lo cual sucede por sugestión y por una estratificación lenta ó rápida de hábito y de adaptación. Este fenómeno está bosquejado en Shakespeare repetidas veces; dos al menos, con poderosa intuición artística, en Ofelia y en Lady Macbeth. También Ofelia, herida por la desventura de perder á su padre y de verse despreciada por el hombre á quien amaba, ve turbada su razón en el choque tremendo de opuestas pasiones, y se abandona á un delirio que tiene mucha analogía aparente con el de Lady Macbeth. La diferencia, sin embargo, está en que mientras el delirio de Ofelia, melancólica, sentimental, denota una afectividad exuberante y se modela sobre la locura de Hamlet, característica de la cual es la duda, el delirio de Lady Macbeth, por el contrario, tiene un fondo de desesperación y se desenvuelve con las oscuras tintas del delito. La acción dramática precipita el final: Macbeth, con la impasible conciencia del delincuente habitual, no se turba ante los peligros que le amenazan; afronta la muerte con la tendencia inconsciente de una gran expiación. Pero en la figura de Lady Macbeth se condensan las tinieblas del misterio; sobre ella, juntamente con las inducciones experimentales de la moderna psicología del delito, se ve pasar la sombra tremenda de aquella necesidad eterna, ineluctable, simbolizada en el hado de los antiguos!